

EL REINO UNIDO, EL 'BREXIT' Y THERESA MAY

¿Cuántas derrotas puede aguantar?



DAWN
Foster

Periodista y escritora

¿Qué sucede cuando las derrotas "históricas" se vuelven comunes?

Una vez más, la primera ministra Theresa May planteó su plan para el 'brexit' frente a la Cámara de los Comunes. Una vez más, ella ha sido derrotada "históricamente": 242 votos a favor, 391 en contra.

Cuando se trata del 'brexit', el único problema que la ha ocupado desde que asumió el cargo, May es absolutamente impotente. Sin embargo, su enemigo más peligroso no es una obstinada Unión Europea, ni siquiera el opositor Partido Laborista, sino el ala de derecha fanática de su propio Partido Conservador. Sus detractores más viciosos se sientan detrás de ella durante las votaciones en el Parlamento, el resto del tiempo recorren estudios de radio y televisión para denunciarla alegremente.

Su última "derrota histórica" fue en enero, cuando un acuerdo casi idéntico que describía los términos de la salida de Gran Bretaña de la Unión Europea fue aplastado. Desde entonces, ha demorado una y otra vez llevar el asunto a una nueva votación, esperando que algo pueda cambiar.

Por un breve período, el 12 de marzo parecía que podría. Tal vez el 'brexit' finalmente pasaría a su siguiente fase en lugar de detenerse interminablemente. El 11 de marzo, May fue a Estrasburgo, la sede del Parlamento Europeo, para mendigar por concesiones y garantías suficientes para poder persuadir a los conservadores rebeldes a votar por una nueva versión del mismo "acuerdo de retirada" que "históricamente" derrotaron en enero. Esa noche, ella apareció en una con-

ferencia de prensa con el presidente de la Comisión Europea, Jean-Claude Juncker, anunciando los supuestos cambios, mientras que en Londres uno de sus funcionarios fue al Parlamento para vender el plan.

¿Sería eso suficiente para hacer que el débil acuerdo de May se hiciera realidad? No. En la tarde del 12 de marzo, su propio fiscal general ofreció una opinión: Las "concesiones" no cambiaron el contenido del acuerdo.

En los últimos meses, May dependía de los temores a un 'brexit' sin acuerdo para presionar al Parlamento a votar a su favor. Esa fue la estrategia durante meses: adelantar el reloj antes de la fecha límite del 29 de marzo y asumir que el Parlamento se alinearía para proteger la economía de Gran Bretaña y su propia reputación, en lugar de enfrentar el caos económico y la vergüenza política de una salida desordenada.

Pero con solo 15 días por delante, no está funcionando. Los 'brexiteers' aún consideran que el acuerdo de May es demasiado blando y preferirían salir de Europa agresivamente. Mientras tanto, el Partido Laborista, lógicamente, no quiere tener nada que ver con la facilitación del 'brexit' de May: este es el problema de los conservadores, y todas las repercusiones deben ponerse directamente en su puerta. Cada vez más, May ha estado sugiriendo que el 'brexit' podría retrasarse.

En los próximos días, habrá más votos "históricos" en el Parlamento. El siguiente paso: una votación sobre si Gran Bretaña debe solicitar una extensión del 'brexit'.

Pero incluso si hay un retraso, es difícil ver qué cambiará. Juncker le ha dicho a May que "no habrá una tercera oportunidad". La política alrededor del 'brexit' parece increíblemente estancada. Por eso, la única opción que tiene sentido en este punto es una nueva elección. Si el Parlamento no puede hacer nada, vamos a elegir uno nuevo.

Es una opción arriesgada. Una elección general no se puede llevar a cabo en los próxi-

“Si hay algo en lo que esta primera ministra es experta, es en perder”.

mos 15 días. Requeriría retrasar el 'brexit' por meses. La fecha más temprana posible para una elección podría ser el 25 de abril. Y May tiene buenas razones para temer los resultados: la última vez que convocó a una elección, en el 2017, esperaba ganar un mandato a favor de su política para el 'brexit' y terminó perdiendo escaños en el Parlamento en su lugar. Si hay algo en lo que esta primera ministra es experta, es en perder.

Pero ahora el Parlamento está completamente congelado. May no tiene poder ni manera de avanzar, y no queda nada que perder. Ella más bien podría quemarlo todo y tratar de comenzar de nuevo. —

—Glosado y editado—
© The New York Times



ILUSTRACION: GIOVANNI TAZZA

RINCÓN DEL AUTOR

De Otelos y Yaguitos



PATRICIA
del Río

Periodista

U no escuchas la palabra Otelos y automáticamente piensas en celos. El personaje que da nombre a la obra de Shakespeare es un militar inteligente y sensible que pronto se ve envuelto en las conspiraciones de su subordinado Yago, un hombre vengativo que vive sembrando dudas e intrigas en los demás. Yago convence a Otelos de que su mujer le saca la vuelta y Otelos la estrangula. Una lectura fácil de la tragedia convierte a Otelos en un celopata y en un feminicida (y lo es); pero una más acuciosa, más cercana a lo que el genio inglés propone, hace de Yago el verdadero protagonista de la historia.

Si Otelos es un hombre virtuoso carcomido por la inseguridad; Yago es, como dice el crítico literario Harold Bloom, un personaje carente de valores, que usa la mentira, las medias verdades, la tergiversación para difuminar las fronteras entre lo bueno y lo malo. Yago es el ejemplo perfecto de que el amor al poder no es más que otro nombre del amor a la maldad. Y esa naturaleza tan despreciable y tan humana, lo convierte en el artífice de la historia de Shakespeare y de tantas historias nuestras.

Nuestra realidad está plagada de aspirantes a Yagos. Desde que se desataron las revelaciones sobre los sobornos de Odebrecht, vemos a ex presidentes tejiendo vergonzosas teo-

rias conspirativas, intentando hacernos creer que las coimas son donaciones, que las fugas son refugios, que son víctimas de una persecución política. Abundan los empresarios que se escudan tras el típico "yo no sabía nada". Desfilan por medios de comunicación cuajados líderes pasando por agua tibia el mismo hecho que les sirvió para echarle barro al adversario.

Como nunca, hemos sido testigos de una sarta de mentiras, posverdades y cinismo que han provocado tremendo hastío en el ciudadano. La peor cara de este circo, que haría palidecer a Shakespeare de la vergüenza, son los líos de los congresistas que se mandan al carajo, se separan de sus partidos, se dividen en decenas de bancaditas y ventilan sus pendencias como si fueran cuestión de Estado, cuando en realidad son una lucha de eguitos agotadora. (Por cierto, congresista Salaverry, ¿puede disculparse por haber mandado a volar a Karina Beteta y así le ponemos punto final al tema?).

Nuestros Yaguitos están ahí, dando más pena que miedo. Pero hay una arista en esta historia de la que no podemos reírnos: a todo Yago, por más misio que sea, le corresponde un Otelos. Y tal como lo presenta de manera brillante Franco Iza en su adaptación (bastante libre) del clásico de Shakespeare, quienes estamos atrapados en esta danza de corruptos y mentirosos somos los ciudadanos.

¿Quién es Otelos?, se preguntan los personajes de Iza en la obra que se pone hasta este fin de semana en el teatro Aranwa. Otelos es el otro lado que seguimos permitiendo que insignificantes Yagos dominen nuestra vida. Vayan al teatro, ahí siempre se encuentra la verdad. —

MIRADA DE FONDO

Convivir con el enemigo



DIEGO
Macera

Gerente general del Instituto
Peruano de Economía

Los primeros intentos de los ingleses para establecer una colonia funcional en Norteamérica fueron un completo fracaso. Ensayaron primero en Roanoke, hoy en Carolina del Norte, entre 1585 y 1587. Luego, en 1606, al mando del capitán Christopher Newport y con el auspicio de la Virginia Company, llegaron a la Bahía de Chesapeake y fundaron Jamestown. Su modelo de colonización estaba fuertemente influenciado por las huellas de Hernán Cortés en México y Francisco Pizarro en el Perú, de modo que el plan consistía básicamente en capturar al gran jefe local, suplantarlo a la aristocracia indioamericana y forzar a la población a trabajar para ellos y producir riqueza. En los planes de los colonos nunca estuvo trabajar ellos mismos.

Al poco tiempo, sin embargo, el colono John Smith (el mismo que siglos después volvería a cobrar vida en la Pocahontas de Disney) describió que las condiciones que hicieron exitosa la conquista de los españoles no se repetirían más al norte: en esas tierras frías no había un poder político centralizado —como era el caso de los incas o los aztecas— y no había población a ser fácilmente subyuga-

da. Sin alimentos, el invierno de 1609 a 1610 cobró la vida de casi el 90% de los habitantes de Jamestown, quienes recurrieron al canibalismo. Intentar implantar una sola manera de hacer las cosas en realidades distintas probó tener consecuencias funestas.

La reflexión viene a cuento a raíz de algunas reglas que se intentan aplicar en el Perú sin importar su realidad básicamente informal. Copiar modelos que funcionan para otros tiempos y otros lugares ha causado sistemas excluyentes y disfuncionales. Ejemplos hay varios. ¿Qué sentido tiene un mecanismo como Essalud —exclusivo para empleados formales dependientes que no llegan ni al 25% de la PEA—? ¿Por qué repetimos el mismo error con las AFP y la ONP? ¿Sabía usted que, ahora que viene la regularización del Impuesto a la Renta, solo uno de cada doce trabajadores lo paga? ¿Qué créditos pueden otorgar los bancos si las garantías que exigen son pagos de planilla, negocios formales o propiedades debidamente registradas?

En simple, el Perú funciona con un set de reglas importado que se adaptará bien a países formales, pero no aquí. Y se insiste tercamente en él. Lógicamente, las únicas salidas a este entrapamiento son dos: o reducimos de forma significativa la informalidad, o adaptamos las reglas para —mientras tanto— convivir con ella.

Sobre la primera, los intentos han sido abundantes. Desde la ley mype hasta los regímenes tributarios especiales RUS y RER. Y, sin embargo, la tasa de informalidad laboral no baja de 72%. De hecho, desde el 2012 a la

fecha no se ha reducido nada, a pesar de que el PBI ha crecido. Eso no significa que se deba dejar de intentar formalizar, pero sí que algo estamos haciendo muy malo que el problema es más profundo de lo que pensábamos.

El segundo camino es uno que reconoce las propias limitaciones, asume la realidad que por ahora toca vivir, y construye instituciones pensadas no para ese empleado teórico formal y ajeno, sino para la gran mayoría real. La informalidad no es dicotómica, está llena de grises; aprender a reconocer los matices y trabajar con ellos es más práctico que pretender que ese problema no existe.

En este campo —inexplorado— es que deben entrar iniciativas novedosas como, por ejemplo, aportes previsionales o de seguros a través de servicios públicos como luz o agua, desligarse por completo de la protección a puesto de trabajo y proteger más bien al trabajador y ciudadano, utilizar la nueva ubicuidad y poder de los teléfonos celulares para registrar pagos, entre muchísimas otras aún por analizar y probar. Querámoslo o no, la informalidad convivirá aún décadas con nosotros; mientras antes lo asumamos y reaccionemos acorde, tanto mejor para todos.

Luego del desastre de Jamestown, le tomó a Virginia Company más de una década enmendarse rumbo. La lección que aprendieron, paradójicamente, es similar a la que nos toca aquí: que la manera de crear riqueza y desarrollo sostenido no es con castas de privilegiados y excluidos, sino con instituciones que reconozcan la realidad del lugar y den los incentivos correctos para invertir y trabajar. —